



Madrid 8 de Agosto de 1861.

SUMARIO ARTICULOS.—Deberes sociales al alcance de los niños, por don Cayetano Vidal y de Valenciano.—La Rosa y el Caracol [Fábula], por don S. de Mobellan.—Viajes: Las Islas Canarias, por don José M. de Larrea.—Volver bien por mal [conclusion], por doña Angela Grassi.—Historia: España cartaginesa, por don José S. Biedma.—Aventuras de un millonario [continuacion], por don E. Hernandez.—La granja, por don J. Perez.

GRABADOS. Vista de Santa Cruz de Tenerife.—Desembarco de los cartagineses en las Baleares.—La granja.

DEBERES SOCIALES AL ALCANCE DE LOS NIÑOS.

VI.

Amistad.

Nacido el hombre para amar á sus semejantes, no se satisface con el cariño de los padres y hermanos, entre los cuales vive continuamente, ni con la compañía de los ancianos y maestros, que despues de la familia son las personas con las cuales ha estado en mas íntima relacion; sino que necesita comunicar sus pensamientos y afecciones con otras per-

Tomo II.

sonas, que generalmente son de su misma edad. En este caso el corazon siente cierta simpatia hácia determinado sér, simpatia que creciendo mediante el trato, y la comunicacion digámoslo así del espíritu, engendra la amistad.

De cuantos sentimientos germinan en el corazon humano, quizás no hay otro mas grande, noble y generoso que el que va á ocuparnos; mas en cambio, no hay decepcion mas amarga y desconsoladora, que la que hiere á la amistad. Para evitar semejante desengaño, para no verte burlado por la persona á la cual hagas partícipe de tus secretos, de tus esperanzas, de tus confianzas mas íntimas, es necesario que andes con mucha cautela en la eleccion de aque-

Núm. 30.

llos á los cuales quieras conceder el dulce nombre de amigo.

Por punto general, la amistad no se estiende mas que á un reducidísimo círculo de personas, y esto esplica claramente la dificultad que hay en encontrar todas las cualidades que se necesitan para que tan generoso vínculo sea, si no eterno, que desgraciadamente es harto raro, todo lo mas duradero que se pueda. Así, pues, tanto para no experimentar aquella amarga decepcion, como para que tu amistad con aquellas personas que hayas hecho partícipes de los secretos de tu corazon, no sea efímera y engañosa, debes procurar conocer profundamente las cualidades morales de su alma.

Aun cuando sea capaz de acciones generosas, ¿crees que sabrá llenar los sagrados deberes de la amistad, el hombre que carece de sentimientos religiosos; el que desprecia los santos goces de la familia, ó el osado libertino que sin freno á sus pasiones, mancha y atropella cuanto ve y alcanza? A veces un exterior simpático; una especie de elocuencia fácil y persuasiva; un talento claro y despejado, y cierta apariencia de bondad, persuaden, arrastran y cautivan el corazon. Guárdate de depositar tu confianza ligeramente, aceptando por amigos á semejantes seres. Así como es de mas larga existencia el árbol, cuanto mas tiempo ha empleado en su crecimiento y desarrollo, y es mas permanente la inscripcion cuanto mas dura es la materia sobre la que se ha grabado, del mismo modo la amistad es mas firme, cuanto mas ha tardado en realizarse y en recibir el sello de la perfeccion por medio de una confianza sin límites.

Ni debes deshonorar el sagrado nombre de amigo, prodigándolo y concediéndole á esos hombres, que no lo dudes, encontrarás en la carrera de tu vida, sobre todo si llegas á alcanzar cierta posicion por medio de tu saber ó de tu fortuna. Verdaderas aves de paso, aprovechan la ocasion que mas les favorece, para huir y prodigar sus ofertas y alabanzas á otro en cuanto se aperciben que declina tu estrella. Favores, halagos, demostraciones de cariño,

hasta sacrificios harán por tí mientras puedas recompensar su oficiosidad é indigno proceder; pero en cuanto comprendan que no tienes la influencia que antes, ó vean que hay otro que la alcanza mayor que tú, trocarán en ofensas los favores, y pagarán con el desprecio y la burla los beneficios que hayan recibido para congraciarse á los ojos del nuevo ídolo, á cuyos piés van á quemar el incienso de la adulacion. Semejantes parásitos, no solo deshonoran el nombre de amigo, si es que llega á dárseles, sino que hasta desacreditan con su contacto á aquel que les otorga su amistad.

Ya ves, hijo mio, cuán difícil es encontrar un amigo; con cuánta cautela debes proceder en la eleccion; cuán fácilmente, á pesar de todo, puede uno verse engañado, y cuán inminente es el peligro que se corre de verse burlado y herido por consiguiente en una de las mas sensibles cuerdas del alma. Sí, lo repito, es muy difícil; pero si llegas á encontrarte con un hombre capaz de comprenderte, con un ser que reuna sentimientos iguales ó parecidos á los tuyos; con otro tú, pues la verdadera amistad se confunde en un alma que ocupa dos cuerpos, da gracias al Señor que te ha proporcionado semejante bien sobre la tierra, y haz por conservarlo para mientras estés en el mundo (1). Hoy no puedes comprender toda la felicidad que se encierra en la posesion de un verdadero amigo, mas llegará día en que te enagenes ante la idea de semejante sentimiento.

Solo el hombre en el mundo, no tiene conciencia de lo que vale, y por consiguiente languideceria sin hacer uso de los gérmenes de vida que Dios ha depositado en su corazon, si el ejemplo y la aprobacion de los amigos no despertáran en su alma la emulacion y las fuerzas para combatir en esa lucha de amor y generosidad. ¡Cuántas veces el convencimiento de que son apreciadas las buenas disposicio-

[1] He leído, no recuerdo en que autor, que la amistad puede representarse por medio de un gran triángulo equilátero, dentro del cual pueden inscribirse cuatro iguales. De estos los dos de la base constituyen uno de los seres, y los otros dos el otro.

nes de una persona, han bastado para que se produjeran bellísimas acciones, que de otra suerte habrían perecido con el ser que las guardaba en su interior!

Seguro dé que en la verdadera amistad encontrarás un amparo y guía para las situaciones difíciles de tu existencia, debes procurar por cuantos medios estén á tu alcance, conservarla desde el mismo instante en que la hayas contraído. Así, pues, no dejarás que se entibie en lo mas mínimo: el fuego que á su contacto haya brotado en el corazón, debe brillar constantemente con la misma intensidad. Guarda, pues, á tu amigo todas las atenciones que puedes desear de él, pero jamás exijas pruebas que no estén conformes con la mas pura y severa moral. Ten por seguro que es un falso amigo, ó por lo menos un vil adulator, el que consiente en la realizacion de un acto punible, para ofrecer un sacrificio en aras de la amistad. Si por desgracia habias abierto tu corazón á un hombre de esta clase, de fijo te apartarás de él en cuanto comprendas que no es digno de tí, y llorarás amargamente tu error y la perdida amistad, que dejará por mucho tiempo un vacío en tu corazón.

Por lo mismo que la amistad verdadera y sincera consiste en confundir en uno solo dos corazones, no debe haber secreto para el amigo: mas ten presente que nada hay mas cruel, que ver vendida la confianza. Así, pues, partiendo del principio que nunca debes faltar á aquel que con ella te honró, no te fiarás de un hombre débil y ligero, que por la vanidad de demostrar á los demás que le has abierto tu interior, podría venderte á tu enemigo sin ánimo de hacerte mal.

Finalmente, cuanto mayores sean los desengaños que en esta vida esperiméntes; cuanto mas amargura tengas depositada en el corazón, mas necesaria é indispensable te se hará la amistad de los hombres. En ella encontrarás un bálsamo que cicatrice las heridas del alma, y que te comunique fuerzas para sufrir con resignacion los embates de la fortuna, mas bien que en los placeres desordenados y tumultuosos de la sociedad, dentro los cuales en

vano querrias sumergirte para apagar los ayes del corazón.

Si tan necesaria, pues, y tan dulce es la amistad, y tan hondo el dolor que causa su pérdida, para alcanzar lo uno y evitar lo otro, nunca olvides que aun buscando los amigos entre los hombres de bien, no debes proceder con precipitacion en contraer una amistad.

CAYETANO VIDAL Y DE VALENCIANO.

LA ROSA Y EL CARACOL.

FÁBULA.

Tomando en un prado el sol
Con indolente alegría,
Hallábase cierto día
Un pesado caracol.

—
Pero una flor que en el prado
Tambien sus galas mostraba,
De decirle no cesaba
Se apartase de su lado.

—No quiero—le respondia
El avieso caracol—
« Á no probarme que el sol
Solo á tí Dios te le envia.»

—
Y á tanto el caso llegó
Que la flor harto cruel,
Inclinándose hácia él
Una espina le clavó.

—
El caracol se conmueve
Ante leccion tan aguda,
Y con faz sombría y ruda
Á la flor se lanza aleve.

—
Ésta, que le ve llegar,
Grita y aturde los vientos:
Oye un ave sus lamentos
Y la baja á consolar.

—
—¡Qué es eso? la preguntó:
—¡Qué ha de ser! que ese animal
Siempre me quiere hacer mal
Sin meterme con él yo.

—
Y el ave, —« Á fé que lo creo,
Le contestó. —Pues no es cosa!
Siendo tú, flor tan hermosa
Y él, vicho tan sucio y feo.

Y al punto sin embarazo
Al infeliz caracol
Aplastado dejó al sol
De un tremendo picotazo.

Pon, niña, al cuento gran ojo:
Que él enseña harto fecundo,
Cómo se rompe en el mundo
La cuerda por lo mas flojo.

S. DE MOBELLAN.

VIAJES.

I.

LAS ISLAS CANARIAS.

El vapor correo *Almogavar*, conductor de la correspondencia de la Península con destino á las Antillas españolas, acababa de levar anclas y salía de la bahía de Cádiz. Entre los pasajeros que desde la cubierta contemplaban la hermosa vista de la ciudad y del puerto, de los que se iban alejando rápidamente, se veía un grupo compuesto de un matrimonio, joven todavía, una niña de doce años y un niño como de ocho. D. Carlos se llamaba el jefe de esta pequeña familia, y había sido por muchos años uno de los comerciantes mas fuertes de Cádiz; pero algunas especulaciones desgraciadas, y sobre todo la quiebra de uno de sus correspondientes de la Habana, á consecuencia de la crisis producida por la desunion de los Estados del Norte-América, habían dado un golpe terrible á su fortuna.

En este caso, y antes de verse completamente arruinado, el pundonoroso D. Carlos puso su casa en liquidacion, pagó á todos sus acreedores, y realizando en metálico todo cuanto le quedaba de sus bienes en la península, resolvió marchar á la isla de Cuba, donde poseía alguna hacienda y donde con sus numerosas relaciones y su buen nombre, que había conservado intacto, podía esperar restablecer algun día su fortuna.

Doña Luisa, su esposa, no era de esas mujeres que dejan ir solos á sus maridos en viajes semejantes, por el temor de pasar el mar.

—Lo que sea de tí será de todos, le dijo con esa sencilla abnegacion de la virtud, y toda la familia se embarcó, como ya hemos visto.

Pasados esos primeros momentos en que el corazon mas sereno se oprime al alejarse de la madre patria, cuando hubieron ya dado un adios, que no sabian si seria el último á las costas de España, y cuando ya no veian por todas partes mas que mar y cielo, bajaron á la cámara, porque habían tomado pasaje de primera, y D. Carlos, procurando distraer á su familia, hizo rodar la conversacion sobre el viaje que empezaban.

—Cuántos dias tardaremos, papá? preguntó Julieta, que así se llamaba la niña.

—Diez y nueve ó veinte hasta la Habana, porque hemos de tocar primero en Santa Cruz de Tenerife, en Puerto-Rico y en Samaná, puerto de la isla de Santo Domingo, que es el derrotero marcado á estos vapores.

—Me alegraré de que los niños vean todos estos paises, dijo doña Luisa.

—Son muy bonitos? preguntó el pequeño Alberto.

—Ya los verás en cuanto sea compatible con el poco tiempo que el vapor empleará en cada escala; pero yo procuraré daros esplicaciones que os ofrezcan una idea clara de todo. Julieta, que ha estudiado ya geografía, me comprenderá con mas facilidad, y á Alberto, que empieza á estudiarla, le servirán mis narraciones de leccion.

Con efecto, en distintas veces, D. Carlos fué dando á su familia, y aun á doña Luisa que tambien le escuchaba con interés, una sucinta idea de las islas Canarias, donde primero iban á tocar.

Dijoles que estas islas, que forman una provincia de España, son siete, llamadas Gran Canaria, Tenerife, Fuerteventura, Gomera, Palma, Hierro y Lanzarote, situadas en el Océano atlántico, frente á la costa de Africa; que aunque por esta situacion es naturalmente su clima cálido, las brisas del mar le modifican, haciendo que en algunos meses la temperatura sea parecida á la de las provincias meridiona-

les de España; que el terreno es montuoso, maravillosamente cubierto de flores y yerbas olorosas, productivo en granos y famosos vinos; si bien la falta de lluvias es causa de que sean insuficientes las cosechas. Hay también mucha caza y abundante pesca.

Al llegar á esto fué interrumpido D. Carlos por su hijo Alberto, que le preguntó muy afanoso si aquellos pájaros de plumaje amarillo, que cantan de una manera tan agradable, y de los cuales tenían ellos dos en Cádiz, eran de Canarias.

—Santa Cruz de Tenerife, que es la capital y una de las mejores ciudades de las Canarias, de clima sano y agradable. Sus calles son rectas y con buen piso, y tiene una plaza mayor de muy buen aspecto, tanto por su enlosado, como por dos monumentos de mármol de Carrara, que hay en dos de sus lados, consistentes el uno en una gran cruz, y el otro en una pirámide, sobre la que se vé una imagen de Nuestra Señora de la Candelaria, y en los ángulos del pedestal las cuatro estaciones, y cuatro jefes de los antiguos guanches, que habita-



Santa Cruz de Tenerife.

—Así es, respondió D. Carlos; abundan en estas islas esos pájaros, que por eso se llaman canarios, y también otros que se llaman capirotos. Pero dejando á un lado sus producciones, quisiera yo que Carlota nos dijera si se acuerda quién descubrió estas islas.

—Papá, contestó la niña, me parece que eran ya conocidas por los antiguos con el nombre de *Afortunadas*, y que olvidadas después, fueron nuevamente descubiertas por los españoles, en el siglo décimo cuarto, ocupándolas en el décimo quinto.

—Me agrada mucho ver tu buena memoria.

—¿Y cómo se llama el puerto en que vamos á tocar!

ban la isla. La aduana es un buen edificio, magnífica la iglesia parroquial, el muelle hermoso y excelentes los castillos y fuertes que defienden el puerto y la plaza.

Además son buenas poblaciones en la Gran Canaria la ciudad de *las Palmas*, donde hay una suntuosa catedral de orden gótico, con tres naves, un puente, por el que se comunican las dos partes de la ciudad, que divide el arroyo Guniguada, plazas, muchos huertos, y á una legua de distancia el puerto de la Luz, con ocho castillos y otras fortificaciones; y *Galdar*, donde había un palacio de los antiguos reyes Guanches. En Fuerteventura, la principal población es *Santa María de Betancuria*; en Lanzarote, *Tequise*, y en la Palma *Santa Cruz*.

—¿Y á qué distancia están de Cádiz?

—A 190 leguas. Ya teneis, pues, una idea de las islas Canarias, adonde nos dirigimos rápidamente.

En efecto, no tardaron en llegar con una navegacion de las mas dichosas al seguro puerto de Santa Cruz de Tenerife.

JOSÉ M. DE LARREA.

VOLVER BIEN POR MAL.

(Conclusion.)

Andaba sin descanso, andaba siempre.

¿Qué era lo que se proponia, qué objeto la llevaba?

Pero cuando llegó jadeante á la ciudad, era ya demasiado tarde: las puertas estaban cerradas.

Eugenia, tan tímida, tan irresoluta de ordinario, tomó con energía su partido y resolvió esperar. Cobijóse debajo de un árbol, y contó uno por uno todos los minutos de aquella larga noche.

Cuando amaneció estaba casi entumecida y sin aliento, pues no habia tomado nada en todo el dia.

Sin embargo, así que se abrieron las puertas de la ciudad, reunió todas sus fuerzas, y se internó por el revuelto torbellino de sus calles, hasta llegar á una casa situada al extremo opuesto.

—Quiero ver al amo, pronto, pronto, porque me urge en extremo! dijo á la vieja criada que salió á abrir.

—Qué quíeres tú por aquí, Eugenia? exclamó un labrador que iba á llamar al mismo tiempo que ella, y que cabalmente era su vecino.

—Quiero ver á D. Justo, el escribano.

—Don Justo ha muerto, pero le ha reemplazado su hijo Cárlos.

—Es lo mismo: quiero verle.

—Y yo tambien, ¿pero tú porqué?

Eugenia no contestó, y se dió prisa en entrar, seguida del labrador.

Cárlos era un bello jóven de treinta años, que en aquel momento estaba tomando chocolate con su madre.

Al verlos se levantó.

—¡Oh, primero á mí! primero á mí! exclamó Eugenia juntando las manos con ademán suplicante.

Y luego repuso:

—Me llamo Eugenia Sanchez, en esta escribanía están depositados los papeles concernientes á la escasa fortuna de mi madre. Pues bien...

Y la pobre jóven se detuvo confusa y ruborizada.

—¡Ya, ya! dijo el labrador, eres mayor de edad, estás cansada de sufrir, ¿y quieres pedir lo tuyo?

—¡Oh, no, no! exclamó apresuradamente Eugenia, quiero vender mis campos á cualquier precio. ¡Ay, Antonio ha caido quinto, Nicolás no gana nada, y la pobre ciega se va á morir de pena!...

—¡Muchaha, estás en tí! exclamó el labrador estupefacto.

—Dios hizo bien hasta á sus enemigos, repuso Eugenia dulcemente. ¿Porque ellos no sean buenos, debo yo imitarlos?

—¡Pero crées que te lo van á agradecer!

—Me lo agradecerán Dios y mi conciencia!

—¿Y has venido para esto sola, á pié, y á pesar de la tormenta, pues ayer te ví de lejos?

Eugenia se turbó é inclinó la cabeza sobre el pecho.

—Pues mira, prosiguió el labrador, si me quieres vender esos campos, yo te daré por ellos con qué rescatar á Antonio.

—¡Oh, sí!

—Casualmente venia á pagar una deuda y traigo dinero... Pero mira que cuando nada tengas, te echarán de casa!

—¡Dios me amparará!

Cárlos y su madre habian escuchado atónitos este extraño diálogo.

Eugenia tenia las mejillas encendidas, y la llama del entusiasmo brillaba en sus ojos, casi siempre entrecerrados por el abatimiento.

En aquel instante estaba hermosa, con esa belleza inmaterial, que comunica al rostro la belleza del alma.

—¡ Pronto, pronto! exclamó la jóven dirigiéndose á Cárlos.

Éste llenó las formalidades de costumbre, y el labrador la entregó el dinero.

Al estrecharlo contra su corazon, Eugenia lanzó un suspiro de alegría, de esa sublime alegría que solo experimentan los ángeles en el cielo, y los que hacen bien en la tierra.

Luego se alejó sin casi saludar, y salió de la casa, atravesó la ciudad, y anduvo sin parar las dos leguas, que la separaban de Santa Clara.

Al llegar al pueblo, una palidez mortal sucedió á la púrpura de sus mejillas, y su corazon palpitaba tan aceleradamente como si quisiese saltar del pecho.

Experimentaba aquel modesto engorro que siente un alma buena al verse precisada á confesar que ha practicado el bien.

Cuando estuvo cerca de su casa, vió que todos los aldeanos en masa estaban agolpados á su puerta.

Eugenia se estremeció, temiendo alguna nueva desdicha.

Pero en medio de todos estaba la ciega.

—Criad cuervos y os sacarán los ojos! gritaba ésta con voz ágría. Nos ha abandonado en nuestra desgracia!.. ha temido que la pidiéramos algo!.. infame!.. infame!

Y todos repetían á coro:

—Infame!..

Eugenia se apoyó en el tronco del árbol, sintiéndose desfallecer. Aunque acostumbrada á la ingratitud, en aquel instante le parecía mas horrenda.

Pero de pronto sintió que una mano la arrebató el saquillo que contenía el dinero. Volvióse. Era Cárlos que la había seguido juntamente con el labrador.

—La que estais vilmente ultrajando es un ángel! exclamó el primero con entusiasmo dirigiéndose á la ciega. Ha vendido cuanto poseía para socorrerlos!.. ahí teneis el rescate de vuestro hijo!.. de rodillas ante ella, de rodillas!

Un grito de sorpresa se escapó de todos los lábios.

La ciega bajó la cabeza avergonzada; sus hijos cayeron instintivamente de rodillas ante la confusa Eugenia.

La reaccion fué instantánea y completa. Los hombres prorumpieron en exclamaciones de alabanza, las mujeres corrieron á estrecharla entre sus brazos: todos lloraban.

La pobre Eugenia creía soñar.

—Y ahora, prosiguió Cárlos, que habeis hecho la felicidad de vuestra familia, ¿quéreis hacer la de mi madre, Eugenia; quereis hacer la mia?

La jóven fijó en él sus asombrados ojos.

—Sed mi esposa, prosiguió dulcemente Cárlos. Venid á enriquecer mi casa con el tesoro de vuestras incomparables virtudes!

—Oh! mi ramillete!... exclamó Eugenia cayendo de rodillas; oh Virgen de los Desamparados! hé aquí el milagro!.. hé aquí tu recompensa!... gracias, gracias!

—Volvamos bien por mal, hijos míos, dijo el anciano cura que tambien presenciaba aquella escena. Hay allá arriba quien cuenta nuestros beneficios, y sabe recompensarnos con largueza.

Volver bien por bien es proceder como hombres justos; volver bien por mal es asemejarse á Dios!

ANGELA GRASSI.

HISTORIA.

ESPAÑA CARTAGINESA.

En un artículo anterior nos hemos ocupado de la España primitiva y de sus antiguos habitantes antes de la venida de los fenicios y de los cartagineses. Difícil es asegurar quiénes fueron los verdaderos pobladores de nuestro pais; está, sin embargo, fuera de toda discusion que los iberos primero, y los celtas despues, entraron por los Pirineos y ocuparon sucesivamente las regiones del Norte y del Mediodia. Divididos en numerosas tribus, los ibe-

ros tomaron la multitud de nombres con que los cita la historia, interin los celtas, pueblo mas apegado á sus usos, y que llegó mucho mas tarde, conservaron su natural originalidad y esas costumbres, tan estudiadas en los tiempos modernos. Mezcláronse, no obstante, algunos celtas con los iberos, y se formó la tribu ó nacion llamada Celtiberia, de que nos quedan muchos recuerdos y no pocas medallas, perteneciendo probablemente á los celtas las llamadas desconocidas.

Los fenicios, pueblo mercantil, y que no aspiraba á la dominacion, apenas pueden mirarse como conquistadores de España. Ciertó que pelearon con los iberos, que se hallaban en los límites de sus factorías, de las que la principal estaba situada en Cádiz; pero tuvieron tan poca suerte, que casi siempre quedaron derrotados, viéndose por último confinados al territorio de la isla gaditana, desde donde llamaron en su auxilio á los cartagineses. Política y guerrera la colonia de Dido, soñando ya con el dominio universal, no habia pasado desapercibida España, la América de la antigüedad, á sus sueños de conquista. El gran número de sus empresas ó ulteriores proyectos los detuvieron sin embargo en sus cálculos ambiciosos, contentándose en un principio con la posesion de Ibiza, de que se habian apoderado, fundando la ciudad de este nombre, capital de la isla.

Parece que pensaron tambien en apoderarse de Mallorca y Menorca, conocidas por las Baleares, de las hondas con que se batian sus habitantes, que iban completamente desnudos. Pero les salió mal su propósito, pues aunque rodearon con sus naves las entradas y riberas de las islas, los pocos que saltaron en tierra fueron completamente derrotados, teniendo que acogerse á su armada. Quisieron probar suerte entonces por las costas de España, pero los saguntinos, á cuyo territorio se dirigian por hallarse cercano al de las Baleares, se negaron á tratar con ellos, induciendo á lo mismo á sus vecinos.

Perdida toda esperanza, se contentaron por entonces con sus escasas conquistas, hasta que reducidos los fenicios á las murallas de Cá-

diz, y espuestos á tener que abandonarlas si les atacaban los naturales, recurrieron á los cartagineses pidiéndoles auxilio, los que aprovecharon la ocasion que se les presentaba para realizar sus planes. Maharbal, caudillo cartaginés, se presentó con una fuerte armada en las costas de Andalucía, diciendo venia á vengar los ultrajes hechos al templo de Hércules, que habian edificado los fenicios en Medinasi-donia, frente á la isla de Cádiz, y acababan de demoler los turdetanos. No encontrando enemigos que se le opusiesen, recorrió todas aquellas marinas, haciendo mucho daño á los habitantes, y aun fundando algunos fuertes. Celosos de su independencia, corrieron de nuevo los iberos á las armas y derrotaron á los cartagineses, destruyendo las fortalezas apenas construidas, y obligándoles á hacer un pacto propuesto por ellos para poder asegurarse en lo ganado interin les llegaban nuevos refuerzos. No por eso dejaron de hacerse algunas correrías por ambas partes, sin otro resultado que nuevas negociaciones y nuevos convenios.

La vaga y capciosa política de los cartagineses les sirvió para asegurar su dominacion en España. Apoderados poco á poco de las costas en que levantaron numerosos fuertes, y unidos á los naturales, á que muy pronto supieron atraerse fingiéndose sus protectores contra los fenicios, no pensaron ya nada menos que en echarlos de Cádiz, para lo que no tardó en presentárseles una ocasion oportuna. Envidiosos los fenicios de la intimidad que reinaba entre los de Cartago y los españoles, y temerosos del aumento de su poder, les atacaron de improviso, matando á muchos, saqueando sus casas, y obligando á los restantes á encerrarse en sus fuertes.

Este golpe hubiera sido fatal á los cartagineses si no hubiesen estado dispuestos á recibirle, alegrándose en su interior de tener motivo para ejecutar sus proyectos con algun color de justicia. Así, reunidas las fuerzas que tenian desparramadas en diferentes puestos, y contando con algunos aliados, atacaron á los fenicios, que no pudiendo resistirles en el campo se encerraron dentro de Cádiz. La fortaleza

de esta ciudad les hubiese quizá permitido conservarse en ella por mucho tiempo, y aun pudieron resistir un sitio de algunos meses; pero la invencion del ariete, que dicen se usó entonces por primera vez, y consistia en una viga larga que, moviéndose por medio de cadenas bajo otra atravesada, daba en los muros de débil tierra ó mal unidas piedras en aquella remota época, y los iba desquiciando, aterró á

ras de Sicilia, llamadas púnicas. Despues de la primera de éstas, y para compensar las pérdidas en ella sufridas, se pensó en la conquista de España, adonde se envió á Amilcar, padre de Annibal, quien habia dado ya de sí como general las mejores pruebas.

Apenas llegó Amilcar á nuestra península, conquistó la Bética, siendo entonces tan rico este pais, que se asegura tenian los pesebres y



Desembarco de los Cartagineses en las Baleares.

los sitiados y les obligó á entregarse, desapareciendo para siempre de España el nombre de los fenicios y comenzando la dominacion cartaginesa.

Esta victoria fué tan bien recibida en Cartago, que se celebró con fiestas públicas, animando á Maharbal á continuar en sus empresas. Este caudillo habia, sin embargo, hallado algun obstáculo en unos pueblos situados orillas del Guadalete, amigos de los fenicios; pero lejos de venir á las manos con ellos, hizo las paces, esperando quizá á mejor coyuntura para aumentar su dominio, pues su nacion se hallaba entonces enredada en las grandes guer-

tinajas de plata. Despues costeó todo el mar Mediterráneo, y subiendo Ebro arriba fundó la ciudad de Cantavieja, llamada por este motivo Cartago la vieja. Al año siguiente recorrió las comarcas donde están hoy Baza y Murcia, y tocando en el territorio de Sagunto, recibió á los Embajadores de esta ciudad, á que no pudo imponer su yugo, por lo que para tenerlos enfrenados aconsejó á sus fieles aliados, los turdetanos, edificasen una poblacion limítrofe á aquella ciudad, seguro de que esta rivalidad no podria menos de darle los mejores resultados.

Al año siguiente recorrió con su escuadra

todas las riberas, desde Tortosa hasta el Llobregat, en cuyas márgenes fundó á Barcelona. A su regreso á la Bética halló revueltos á los naturales, los que saliéndole al encuentro le presentaron una batalla, en que murió con la mayor parte de los suyos, dejando el mando á Asdrubal. No se hallaban muy decididos sus compatriotas á confirmar esta eleccion, siendo necesario que marchase Annibal á Cartago para que el Senado nombrase á Asdrubal general del ejército. Conseguido su objeto regresó á España, cuando su cuñado acababa de fundar á Cartagena y estaba haciendo preparativos para la guerra, porque los romanos, deseosos de cohartar el poder de Cartago, le habian enviado una embajada, indicándole el Ebro como línea de sus conquistas, y aun mandándole respetar á Sagunto, que se hallaba al lado de acá, por ser aliada suya esta ciudad.

Disimuló Asdrubal y continuó en sus aprestos de gente y armas; pero cuando se hallaba quizá próximo á conseguir su objeto, fué asesinado por un esclavo, á cuyo señor habia mandado quitar la vida. Annibal, que le sucedió en el mando y heredó sus proyectos, comenzó su gobierno casándose con una señora llamada Himilce, natural de Castellon, y que se hallaba emparentada con los principales réguulos del pais. Despues, para aumentar sus recursos, se dedicó á buscar las minas, en que siempre ha abundado España, y que parece llegaron á producirle 500 libras diarias de plata pura, y por último comenzó la guerra conquistando á Toledo, lo que consiguió con solo una batalla dada orillas del Tajo.

A su regreso, arrojando ya la máscara, puso sitio á Sagunto, pretendiendo mediar en las diferencias suscitadas á esta ciudad por su vecina Turdeto. En vano los romanos corrieron en defensa de su aliada: sus embajadas no produjeron resultado ninguno, pues el caudillo cartaginés continuaba el sitio con mayor ardor, sin que le retardase mas que una herida que en él recibió, y el haber tenido que marchar á sofocar un levantamiento. Cuando no quedó ningun recurso á los saguntinos, hicieron en la plaza una hoguera, en la que se ar-

rojaron con sus alhajas y riquezas. Annibal por lo tanto solo conquistó un monton de ruinas, teniendo en seguida que marchar á Italia, pues Roma acababa de declarar la guerra á Cartago. Asdrubal, su hermano, y Hannon, que quedaron como sus lugar-tenientes en España, no tardaron en tener que pelear con Cneo Escipion, enviado por los romanos para sostener á sus aliados, y los que creian sus derechos á un pais que no les pertenecia, pero en el que pusieron entonces el pié por primera vez y llegaron á dominar por espacio de mucho siglos.

JOSÉ S. BIEDMA.

AVENTURAS DE UN MILLONARIO.

[Continuacion.]

El acento grave de Mr. de Ferrieres no revelaba ironía ni sarcasmo.

Raoul le interrumpió:

—De manera que no os parece ridículo ni descabellado...

—Si te agrada, no digo conde, haz que te llamen duque.

—Si mi abuelo era conde, no llamarme y firmarme así seria renegar de su memoria. En caso de duda no estoy por abstenerme. Ahora bien, Selim, ¿qué salario ganas?

—Sueldo, señor conde; S. E. el embajador de Rusia me tenia asignados 1,200 francos al año.

—Sea como te plazca. Cuando te espero?

—Mañana; hoy si fuera preciso....

—No, mañana. Adios.

—Aun no he indicado al señor conde la condicion indispensable para que yo entre á su servicio, y que siempre, en semejantes casos, he puesto. Si el señor conde me permite hablarle francamente....

—Te lo permito: habla.

—Señor conde, dijo Selim, es tan grande el interés que me inspira la gloria de mis amos, que no puedo de ninguna manera, cuando los veo á punto de comprometerla ó empañarla, encerrarme en el respetuoso ó mas bien indife-

rente silencio de un criado vulgar. Estipulo, pues, ahora como siempre, que mi amo ha de concederme el derecho de prevenirle y aconsejarle, cuando lo crea preciso, lo que me parezca justo y equitativo; se advierte en lo que se refiera á las reglas de la elegancia y de la distincion: nada me importa que derroche su fortuna, que esponga su vida, que cometa imprudencias á cada momento, con tal que no se aparte del buen camino; es decir, que sea en todo y por todo un hombre *comme il faut*. Su dinero y su sangre le pertenecen; su gloria refleja en mí. Si el señor conde me autoriza á advertirle el peligro siempre que su inesperienza le conduzca á infringir las leyes del buen gusto y las prescripciones de la moda, puede desde este momento considerarme su humilde y afectísimo ayuda de cámara.

—Acepto con tanto mas gusto, cuanto mi deseo es honrar el título de conde de Chavigni. Nobleza obliga. Como has servido á grandes señores me enseñarás sus maneras.... Te obedeceré en todo.... hasta mañana.

Durante el diálogo sostenido por su compañero y el falso nubiano, Eduardo miraba fijamente á su padre, como atónito, y mas de una vez estuvo á punto de soltar una carcajada; tan ridiculos, tan grotescos, le parecían amo y criado, en particular éste, porque no podia convencerse de que Raoul hablara formalmente.

Una vez solos, padre, hijo y pupilo:

—Raoul, dijo Eduardo, no has sido generoso con ese pobre hombre: es loco de atar.

—No tal, contestóle Raoul; parece un buen muchacho, inteligente, cariñoso... Ahora compara tu suerte con la mía... La corona de oro no puede hacerte hombre de mundo.

Eduardo contestó con un movimiento de impaciencia á las poco lisonjeras palabras de su compañero y amigo; despues, como arrepentido, tomó una de sus manos, y oprimiéndola entre las suyas, exclamó:

—Querido conde, no quiero amargarte con razonamientos ni discusiones estériles el dia mas feliz de tu vida. Que veamos el mundo de distinta manera no quiere decir que no nos

amemos como siempre, como dos hermanos. No me interrumpas. La noche es escelente consejera: mañana discutiremos; hasta mañana.

Eduardo besó la mano á su padre, estrechó de nuevo la de su amigo, y salió del comedor sin esperar que éste le contestára.

(Se continuará)

E. HERNANDEZ.

LA GRANJA.

Tomad vuestros sombreros, que hoy está buen dia, dijo una mañana doña Engracia á sus hijos: saldremos al campo, é iremos á hacer una visita á vuestra nodriza.

Luis y Julia, locos de alegría se dispusieron en un momento, y tomándolos su mamá de la mano, dieron vista á poco rato á una hermosa casa de campo, rodeada de árboles.

Allí habitaba Margarita, nodriza de los niños, que al divisarlos les salió al encuentro gritando:

—Luisito mio! mi querida Julia! cuánto me alegro de veros! ¿Por supuesto que vienen ustedes á almorzar conmigo?

—Sí, mi buena Margarita, sí: contestó doña Engracia: tengo que hacer una visita en una quinta cercana, y mientras tanto te dejaré los niños, si no te incomodan.

—Incomodarme! Nada de eso. Ya procuraremos divertirnos mientras Vd. vuelve. No es verdad, Luisito?

—Sí, sí, contestó el niño; pero llévame pronto á ver las gallinas, los patos, los gansos y las palomas. ¡Cómo me gusta á mí un corral!

—Con qué no quereis descansar antes? Pues bien, toma este cestito y vamos á buscar huevos.

—Oh! Qué gusto, exclamó Julia. Dáme á mí otro cesto.

Y los niños, siguiendo á la granjera, entraron en un gallinero rodeado de nidaes llenos de paja, entre la cual se veían huevos frescos y blancos como la nieve.

—Aquí hay tres huevos! gritaba Luis.

—Mira cinco aquí! qué nidada! exclamaba Julia. Pero atiende, Margarita, aquí hay uno en el suelo, muy grande y de un color extraño.

—No lo toques, niña, es un huevo de pato. Espera, ¿ves aquella hermosa pata blanca que está cerca de la puerta? pues bien, aquella es la madre que va á ponerse encima de los huevos en el nido, y dentro de poco sacará unos pollitos amarillos como los que habeis visto en la balsa.

—Escucha, Margarita, dijo Luis, esta gallina no quiere dejarme ver si tiene huevos debajo.

—No te acerques, que te va á dar un pi-



La Granja.

cotazo, respondió la granjera, y metiendo la mano por debajo de la gallina, sacó un pollito negro, que puso por un instante en la mano de Julia.

Después de haber recorrido el gallinero, y admirado á sus anchas el gallo, las palomas y los pavos, Margarita llevó á los niños al jardín á coger fresas para el desayuno. Luisito se comía todas las que encontraba, y al instante se cansó y volvió hácia la cuadra. A poco rato Margarita que le oyó gritar corrió alarmada, y le vió venir á escape perseguido por una gallina con las plumas erizadas. La granjera la espantó y tomó al niño en los brazos. Entonces éste le contó que, á pesar de su prohibición, había ido á coger uno de los pollitos

que la gallina tenía debajo, y que ésta irritada le había dado un picotazo en un dedo que traía ensangrentado.

—Mátala, decía el niño, que me ha hecho daño y es muy mala.

—No haré tal, repuso Margarita. ¿Qué ha de hacer sino defender á sus hijos? Si cualquiera os hiciese mal á vosotros ¿no os defendería la señora?

Vamos á la cocina y haremos buñuelos para almorzar.

—Yo te ayudaré, dijo Julia.

—Y yo tambien, añadió Luis.

La nodriza puso un delantal blanco á cada uno de los niños, que se disputaban el amasar la pasta y echarla en la sartén que Margarita había puesto al fuego con aceite.

Luisito se contentaba con comerse los buñuelos así que los sacaban del fuego, sin dar apenas tiempo para que Margarita los rociase con azúcar. Julia quiso dar una vuelta á la sartén, y la vertió sobre la lumbre con grande estrépito. Margarita y Luis se reían á carcajadas, mientras á la niña, con cara compungida, le faltaba poco para llorar.

—Vaya una señorita que quiere hacer de cocinera, la dijo su nodriza riéndose y abrazándola. No llores por eso, que el mal no es irreparable. Sentáos á la mesa y os daré de almorzar.

En esto entró doña Engracia, y pudo probar los buñuelos, las fresas, y una buena crema que tenía dispuesta Margarita; los niños se volvian locos de contento cuando su mamá les permitió llevarse una pollita blanca que la grajera había metido con este objeto en una cesta con tapa. Tan preocupados iban con aquel regalo, que dejaron sin gran pesar á su nodriza, aunque ofreciéndola al despedirse que volverian pronto á verla.—(Traducción.)

J. PEREZ.

Por lo no firmado: el Director y Editor propietario, P. J. de la Peña.

Editor responsable: D. Leon Moran.

MADRID: 1861.

IMP. DE M. CAMPO-REDONDO, HUERTAS, 42.